

La revancha de los orteguianos. Prensa y filosofía en la España de la transición*

Revenge of the Orteguian philosophers. Press and philosophy in Spain during the transition to democracy**

ILDEFONSO MARQUÉS PERALES

Resumen: Este artículo presenta los resultados de un análisis que tuvo como finalidad estudiar las colaboraciones en prensa de los filósofos españoles durante la transición política (1975-1981). Los periódicos elegidos han sido el diario *El País* y el *ABC* puesto que eran los periódicos más vendidos durante la época estudiada. Más concretamente, se analizan las tribunas periodísticas por ser el lugar donde suelen colaborar los filósofos. Mostramos cómo las posiciones filosóficas propias de la red oficial van perdiendo su espacio de poder y atención en beneficio de una red alternativa.

Palabras clave: prensa, transición política, filósofos, red oficial y alternativa.

Abstract: This paper presents the results of a research which had as purpose to analyze the contribution of the Spanish philosophers in the newspaper *El País* y el *ABC* for the period 1975-1981. During these years, they are the best selling newspaper. We examine the articles because they are the place chosen by philosophers in order to express their ideas. We show how the recognized network by the francoism loses power and attention space in favor of alternative network.

Keywords: press, political transition, Spanish philosophers, recognized and alternative network.

Si bien es cierto que, desde que la prensa comenzó a dar sus primeros pasos, la filosofía siempre la acompañó, no cabe dudar de los profundos cambios históricos que esta convivencia ha guardado. De todos estos cambios, ninguno ha sido de carácter más profundo que el creado a raíz de la profesionalización de la actividad filosófica. Es a partir de la obtención de cierta autonomía por parte del campo filosófico, cuando puede apreciarse de forma clara la figura de un filósofo especializado, concentrado en el ejercicio de su profesión y reacio a colaborar con la prensa. Desde finales del XIX y durante la primera mitad del S. XX, todo filósofo de valía debía ser un asiduo escritor de periódicos. Ser filósofo e intelectual era,

Fecha de recepción: 30-9-2010. Fecha de aceptación: 15-10-2010.

* Este trabajo se ha realizado gracias a la financiación de la Dirección General de Investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación, dentro del proyecto «Vigilancia de fronteras, colaboración crítica y reconversión: un estudio comparado de la relación de la filosofía con las ciencias sociales en España y Francia (1940-1990)», referencia FFI2010-15196 (subprograma FISO).

** Universidad de Sevilla. Centro de Estudios Andaluces.

por así decir, la misma cosa. Para Santos Juliá, la emergencia del intelectual escritor de periódicos como nueva figura pública cabe ubicarla en el S. XVIII¹. Juan Francisco Fuentes define al intelectual como aquel sujeto «caracterizado por la amplitud y diversidad de saberes y, a menudo, por la difusión periodística de sus pensamientos»². Los primeros ensayos de búsqueda de autonomía por parte del campo filosófico frente al campo intelectual van a ir de la mano del proceso de modernización emprendido en España. La figura clave es el filósofo José Ortega y Gasset. Su empeño en la modernización pasaba por acercar nuestro país a Europa importando su estructura institucional. Como señala Francisco Vázquez, es a partir de los años 20 y 30, a raíz de la escuela de Madrid y Barcelona, «cuando se configura entonces a partir de una problemática de teóricas centroeuropeas, alemanas, un trasfondo de cuestiones, esquemas de argumentación, emplazamientos institucionales y red de maestros y discípulos que guardan cierto aire de familia»³. Dos vertientes surgen, entonces, a raíz de la profesionalización de la filosofía. Una *académica* y otra más bien *mundana*. Si bien la primera se ha plasmado en libros y artículos especializados, la segunda ha tomado como soporte los medios de comunicación masiva. Sus rituales de interacción también han sido distintos. Mientras que en la filosofía académica se estiló el congreso, la conferencia e, incluso, el retiro, en la filosofía mundana, los filósofos se reunieron alrededor de la redacción de prensa, la tertulia radiofónica y, en los últimos años, del debate televisivo. La primera de las corrientes ha querido distanciarse del intelectual pluriempleado estimando que la actividad filosófica, por su propia naturaleza, exige la presencia de unos modos radicalmente diferentes a los de la actividad periodística. En cambio, la filosofía mundana, recogiendo el testigo dejado por sus progenitores intelectuales, ha considerado que la filosofía debe adquirir visibilidad social, intentando secundar a la gente corriente o, al menos interesada, en los problemas que se plantea en su vida cotidiana. En este mismo sentido, Francisco Vázquez ha afirmado «la fuerte tendencia a la mundanización. Hoy los filósofos españoles buscan hacerse oír por la gente, mientras que hace treinta años –esto lo ha dicho Manuel Garrido– la gente tenía interés por oír a los filósofos»⁴.

Ortega y su visión de la prensa

Pese a que es, a partir de Ortega, cuando se comienza a configurar la figura de filósofo profesional no escritor de prensa, él mismo sí que forjó una consciente y prolongada relación con la prensa a lo largo de su vida. Puede decirse que el uso que hizo de ella fue incesante. Ortega no fue un colaborador sin más. Como es bien conocido, fue el máximo inspirador del diario *El Sol*, fundado por Nicolás de Urgoiti. Ya se sabe que este rotativo fue el primer intento de crear un diario ilustrado cuya distancia quedaba en marcada con los demás periódicos, como lo demuestra el hecho de que se evitaba, siempre que se pudiera, la crítica taurina y

1 S. Juliá: «Literatos sin pueblo: La aparición de "los intelectuales" en España», *Studia Histórica*, Nº 16, 1998, p. 107.

2 J. Fernández, y J. F. Fuentes (dirs): *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza, 2002, p.280.

3 S. López: «Herederos y Pretendientes». Entrevista a Francisco García Vázquez. *El Viejo Topo* (Barcelona), Febrero 2010, nº 265, pp. 54-63.

4 *Ibíd.*, 63.

apenas informaba sobre crónica negra. Ortega fue su máximo inspirador en su intento de regenerar España acercándola a Europa. También, muchos de sus libros fueron entregados a este periódico. Pero, quizá, lo fundamental en Ortega sea su capacidad para percibir la ruptura que supuso la aparición del poder mediático en el ámbito de la cultura. A su juicio, la esfera pública había cambiado su ritmo. La búsqueda de la actualidad y la concentración en el presente más inmediato habían trastocado las cadencias usuales. Nos adentrábamos en un periodo en el que el debate público debía ser continuamente alimentado. Esto había trastocado la jerarquía tradicional de «poderes espirituales». En *Misión de la Universidad* Ortega llega a señalar que «hoy no existe en la vida pública más «poder espiritual» que la prensa. La vida pública (...) necesita siempre ser regida, quíerese o no. Ella, por sí, es ciega sin dirección autónoma. Ahora bien: a estas fechas han desaparecido los antiguos «poderes espirituales»: la Iglesia porque ha abandonado el presente, y la vida pública es siempre actualísima; el estado, porque, triunfante en la democracia, no dirige a ésta, sino al revés, es gobernado por la opinión pública. En tal situación, la vida pública se ha entregado a la única fuerza espiritual que por oficio se ocupa de la actualidad. Yo no quisiera molestar en dosis apreciable a los periodistas. Entre otras cosas porque tal vez yo no sea otra cosa que periodista»⁵.

Será uno de los más insignes discípulos de Ortega el que siga el camino trazado –aunque no practicado– por el filósofo madrileño. Xavier Zubiri es ya un filósofo plenamente enmarcado en el ideal de experto profesional. Exclusivamente dedicado a su trabajo y tomando como modelo al científico especialista que se consagra al cultivo de su actividad a expensas de cualquier participación en prensa. Su ausencia cabe interpretarla como una maniobra aleccionadora. Su figura es la del filósofo puro y su alejamiento es un distanciamiento moral. Una toma de distancia objetiva respecto al sentido común. El apego a lo mundano que conlleva escribir en prensa impide el estudio imperturbable de la realidad del ser y de las cosas. Su ascetismo exige una falta de implicación con el mundo social en aras del buen ejercicio del pensar. Sólo escribió una vez en prensa y lo hizo sobre la figura de su maestro José Ortega y Gasset. Dos años después de escribirlo, unos días después de la muerte de Ortega, el diario *ABC* reproduce el mismo artículo. Su colaboración no pudo ser un relato que evocara los principales rasgos del personaje. Su escrito tenía que estar justificado. De esta manera, pudo verse cómo al comienzo de su escrito aparecía el texto siguiente: «Nuestra gratitud es particularmente profunda hacia un filósofo tan admirado como Xavier Zubiri, para quién no podemos encontrar el adjetivo justo; el cual siempre ha rehuido de esta clase de escritos volanderos originados en la actualidad». Asimismo, él mismo señala: «tan sólo una vez en mi vida he tomado la pluma para escribir en periódicos; y fue precisamente para hablar de Ortega (...). Por eso hoy se me pide un artículo, no tengo serenidad para escribirlo; lo único que me es dado hacer, es reproducir algo que dije públicamente hace dos años»⁶.

La tribuna periodística

Son muchas las razones por las que una gran parte de los filósofos se abstiene o incluso rechaza participar en la prensa. En primer lugar, el ejercicio de su profesión no les exige que

5 J. Ortega y Gasset: *Misión de la Universidad*. Madrid, Alianza, 1997, pp. 77-78.

6 *ABC* 19/09/1955.

se configuren como hombres públicos. Quiérase o no, la aceptación del modelo del científico consagrado a su especialidad, defensor de la más pulcra neutralidad axiológica, lejos de todo compromiso político, ha posibilitado la creación de una mística en la que el ascetismo es una disposición muy valorada. Acabamos de verlo. En segundo lugar, los filósofos desconfían del retraimiento al presente de los periódicos, de su superficialidad en el tratamiento de los temas y de los formatos reducidos que emplea. Uriarte considera que diversos factores explican esta actitud. Primero, el producto de los medios masivos es muy diferente del académico, exige condensación y precisión. Segundo, el ritmo temporal es también muy diferente ya que en los medios masivos los análisis deben estar conectados con el acontecer diario y, en muchos casos, deben ser incluso análisis de urgencia. Tercero, y este factor es muy importante, los medios masivos obligan a posicionarse sobre los problemas de actualidad, exigen una definición de posturas personales, definición que es bastante fácil eludir en el trabajo académico pero imposible en estos medios⁷.

En este artículo, se analiza la participación en algunos de los principales periódicos españoles de los filósofos en el último lustro de los años 70. Son estos años los elegidos por ser los primeros años «sin mordaza», como afirma Carlos Barrera⁸. Más concretamente, vamos a centrarnos en *El País* y el *ABC*. Hemos seleccionado estos dos periódicos por una razón de peso: se trata de los diarios nacionales más vendidos⁹. El periodo elegido va desde el año 1975 hasta el 23 de Febrero de 1981, día del golpe de Estado. En este intervalo los filósofos españoles van a contribuir a la restauración de la discusión pública. Sus contribuciones van a ir encaminadas a reconstruir el espacio para el debate intelectual que desapareció tras la dictadura franquista. Y en este papel van a ser muy activos. Sus textos van a ir encaminados a tratar de incidir en el proceso político en ciernes y en una sociedad que se adaptaba, en parte, a un nuevo estilo de vida político y cultural. Puede decirse, sin ir demasiado lejos, que las tribunas se van a convertir en nuevo foro de debate intelectual y filosófico. La participación de los filósofos en la prensa durante la Transición es escasa si lo que pretendemos es buscarlos en la dirección y redacción de noticias o reportaje. Sus colaboraciones cabe buscarlas en los artículos de opinión, principalmente en las tribunas. Es este el único formato adecuado en el que el filósofo puede expresar sus ideas pese a las limitaciones espaciales que tiene. En este sentido, la tribuna nos va a servir de laboratorio para estudiar el papel de los filósofos en el debate público abierto en la transición democrática. Con esta intención, veremos quiénes son los filósofos que más participan, intentaremos desvelar sus registros teóricos, las estrategias que emplean, analizaremos las temáticas y los objetivos que se marcan. La metodología empleada, para ubicar en el campo filosófico a sus distintos ocupantes, está basada en el trabajo del filósofo español Francisco Vázquez García. En su importante trabajo *Herederos y Pretendientes*¹⁰ construye el espacio de relaciones que configuran la filosofía española desde

7 E. Uriarte: «Los intelectuales y los medios de comunicación de masas», *ZER, Revista de Estudios de Comunicación*, Diciembre 1996, nº1, p. 7.

8 C. Barrera: *Sin mordaza, veinte años de prensa en democracia*, Madrid, Temas de Hoy.

9 Durante estos años *El País* va a ubicarse como el periódico más leído en España, seguido del *ABC*, *La Vanguardia* y *Diario 16*. El *ABC* vendía en 1975 en su edición madrileña 253.958 ejemplares diarios y en 1980, 192.709. En este último año *El País* ya lo superaba con anchas al vender 201.733.

10 F. Vázquez: *La Filosofía española: herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963-1990)*, Madrid, Abada editores, 2009.

principios de los 60 a comienzos de los noventa. En su análisis sociológico de la filosofía española el autor localiza dos redes: una oficial y otra alternativa. Dentro de la primera, podemos encontrar dos corrientes: una ortodoxa, compuesta por el nódulo opudeísta y de Sergio Rábade, y otra heterodoxa, cuyos máximos representantes son Gustavo Bueno y Manuel Garrido. La red «extraoficial o alternativa» que bien podría llamarse «orteguiana» consta de tres nódulos: uno religioso, otro científico y, un último, artístico. A estos hay que sumarle el nódulo compuesto por Sacristán y sus seguidores. Una vez conocido cómo se organizan las redes, hemos localizado los integrantes que han participado en la redacción de tribunas periodísticas. De esta forma, combinando posiciones filosóficas y estilos periodísticos, hemos sacado distintos perfiles. En primer lugar, hemos dado con la figura de un filósofo que apenas escribe en prensa y, cuando lo hace, lo hace hablando sobre sus temas y con los modos esotéricos de la filosofía escolástica y tomista. En segundo lugar, encontramos un tipo de filósofo que colabora con la prensa como intelectual, que participa mucho en prensa y abordando temáticas muy variadas. En tercer lugar, hallamos otro tipo de filósofo que lo hace como político, sujeto primordialmente al funcionamiento del campo político pero con una expresión marcadamente filosófica. En tercer lugar, localizamos otro perfil de filósofo que lo hace como converso, a saber, filósofos falangistas convertidos en liberales conservadores. Por último, nos encontramos con los polemistas, con una larga tradición en la historia periodística de nuestro país¹¹.

Los principales diarios españoles durante la transición política

Como es bien sabido, *El País* va a situarse como el periódico de referencia de los mismos intelectuales desde su misma fundación el 4 de Mayo de 1976. Creemos que dos particularidades despuntaban sobre otros periódicos para ser el diario preferido por los filósofos. En primer lugar, era un periódico nuevo, abiertamente democrático y sin relación alguna con el régimen. Como señalaba Manuel Vincent *El País* «había nacido libre de pecado original (...) *El País* no habría sido el mismo si hubiera soportado la humillación inicial de cubrir el fiambre del dictador con epítetos elogiosos en el acto de las exequias, cuando toda la prensa tuvo que sumarse a la melosa voz del cardenal de Toledo para exaltar a Franco mucho más allá de la tumba»¹². En segundo lugar, su fundador José Ortega Spottorno consiguió que *El País* se caracterizase como el periódico intelectual de referencia. Su intención primigenia fue fundar un periódico en la estela liberal de *El Sol*. Un conglomerado importante de accionistas eran ellos mismos intelectuales y filósofos. Personajes como Laín, Tovar, Tamames, Abellán o Beneyto estaban entre sus filas. Finalmente, una vez que empezó a andar, se configuró como una mezcla de gentes cercanas al hijo de Ortega, al nuevo monarca y al político Manuel Fraga Iribarne. Durante la transición política, las tribunas de

11 En consecuencia, la selección de los filósofos obedece a dos criterios: la presencia en los medios (han de tener cierto grado de saturación, al menos, un artículo por año estudiado) y la importancia que tienen en la red. El caso más llamativo quizá sea el de Julián Marías que no aparece como miembro de ningún polo debido a que no dejó discípulos de renombre. No obstante, su participación en prensa es muy activa y enormemente necesaria para comprender el periodo estudiado. Por otro lado, como es evidente faltan otros muchos filósofos pero la extensión del artículo sólo da para tratar a unos pocos con un grado de relativa amplitud.

12 Extraído de M. Cruz y S. Sueiro.: *Una historia de El País y del Grupo Prisa*, Barcelona, Plaza y Janés, p. 17.

El País van a concentrar gran parte de la atención del público ilustrado de nuestro país. Los filósofos españoles no perderán la oportunidad de aparecer en ellas. Además, serán los filósofos orteguianos, los que Francisco Vázquez califica como la red alternativa, los que conquisten estos espacios, dejando sin cabida a la filosofía oficial, ya sea en su vertiente política (Fernández de la Mora) como en su vertiente opudeísta (Millán-Puelles). El caso del *ABC* es radicalmente opuesto al de *El País*. La transición política a la democracia supone uno de los periodos más complicados de su historia reciente. El *ABC* se constituye en estos años en uno de los últimos y débiles reductos de la filosofía oficial. Su viraje hacia posturas democráticas fue lento e indeciso. Gran parte de sus lectores así lo advirtieron, ya que pasó de vender 200.000 ejemplares en 1970 a tan sólo 127.000 en 1982. Como señala Carlos Barrera durante estos años el *ABC* corrió «el riesgo de quedarse anticuado» por su marcada tendencia a la derecha¹³.

Filósofos de la red oficial. Una de las consecuencias derivadas del cultivo de la filosofía académica ha sido la renuencia a escribir en prensa o, al menos, a tener una presencia destacada en ella. De todos los filósofos, aquellos más reacios a colaborar con los periódicos han sido aquellos que se han dedicado al estudio de la filosofía más pura. Aquellos para los que la filosofía debe centrarse en la indagación sobre el ser y sobre las grandes cuestiones metafísicas. Los miembros de la red oficial, de marcado carácter escolástico, que dominaban las principales instituciones filosóficas franquistas, eran muy reacios a colaborar con la prensa. De ahí, que su participación sea muy escasa. Antonio Millán-Puelles publica, en el periodo estudiado, cinco artículos en *La Tercera* de *ABC*. Su motivación intelectual consiste en el comentario de los nuevos acontecimientos sociales a la luz de unos presupuestos filosóficos de raíz profundamente cristiana. De esta forma, dedica gran parte de sus reflexiones a resaltar la incompatibilidad esencial del socialismo, el comunismo y el liberalismo con el cristianismo. Si bien el cristianismo en sí no aporta nada al pensamiento político, una ideología que niegue los principios morales cristianos es una ideología que debe ser evitada por aquellos que se consideran creyentes. El cristianismo no compete en exclusiva a la libertad individual de cada uno, es también materia de normas objetivas que dan un sentido a la vida civil. No sólo las corrientes políticas serán glosadas y replicadas, también las corrientes filosóficas. Evidentemente, serán las más modernas las que se lleven «el gato al agua» de sus críticas. Así, señala en un artículo sobre el Congreso Mundial de Filosofía Cristiana, celebrado en Córdoba, Argentina, «[este congreso] lejos de consistir en una pasiva y nostálgica evocación de la doctrina de Santo Tomás, se ha proyectado sobre la actualidad de sus ideas ante el reto que significan, para la cultura cristiana, las inquietudes y los problemas más vivos del hombre contemporáneo. De ahí, en primer lugar, el interés de las comunidades dedicadas a la vigencia del sentido del misterio en el hombre de nuestra época. Los pensadores cristianos no podían permanecer indiferentes ante las manifestaciones de este hecho, que desbordan los cálculos del puro racionalismo; pero que tampoco podían quedar seducidos por el fácil romanticismo de las filosofías nihilistas del absurdo y de la contracultura, ni, en general, por la anarquía subjetivista que se niega a admitir todo tipo de normas, oponiéndolas a las expresiones naturales de la libre realización del ser del hombre»¹⁴.

13 C. Barrera.: *Ibíd.*, 83.

14 *ABC* 17/11/79.

Filósofos como intelectuales. Debajo de la categoría de intelectual, englobamos a aquellos filósofos que se han dedicado al cultivo de su disciplina pero que, a la vez, se han volcado con gran fruición en la colaboración periodística. Contrariamente a lo que pudiera pensarse, las temáticas elegidas albergan un gran espectro, no quedando limitadas a la disciplina a la que se consagran profesionalmente. Aún así, también puede afirmarse que dentro de su disciplina estos filósofos también cultivan las más variadas ramas. En ellos, se advierte la presencia totalizadora de la filosofía, su estimación como «saber auténtico», con frecuente presencia en el decir sobre las cosas. Dos discípulos de Ortega van a ocupar el espacio de atención de las columnas del periódico más vendido y más aclamado por los intelectuales del país: Julián Marías y José Luis Aranguren. El primero es, como hemos dicho antes, discípulo directo de Ortega y el segundo, indirecto a través de la figura de Zubiri aunque también cabe citar en él magisterio ejercido Eugenio D'Ors.

Julián Marías será la figura encargada de pilotar las tribunas del periódico liberal. Desde ellas, el filósofo va intentar convertirse en «rector de las minorías ilustradas» del país, propósito ya ambicionado por su maestro de Ortega y Gasset. La centralidad de las primeras tribunas libres queda así en un primer momento en propiedad del filósofo Julián Marías. Desde sus mismos inicios, éste se autoproclamará como «vigilante de la concordia entre los españoles»¹⁵. Debemos enlazar esta auto-designación con un hecho biográfico de singular importancia para su correcta interpretación. Ese mismo año Marías había sido elegido senador por designación real.

Asimismo, se dará como misión ayudar a los españoles a llevar la democracia a buen puerto. Su propósito tomará varias direcciones, sin embargo, el centro neurálgico de sus propuestas girará en torno a la defensa de la sociedad civil. En el nuevo periodo que se abre en el horizonte, las *instituciones políticas* –y también las eclesiásticas– tendrán que ocupar el lugar que les corresponde. Un espacio limitado frente al conjunto de *instituciones sociales*, verdaderas representantes que revelan la buena salud de una sociedad. Frente a la partidocracia, a la burocracia y el estatismo, Marías propondrá la revitalización de las energías sociales a través de la lengua, la nación y, coronando a éstas, la monarquía. España como país es anterior a sus instituciones políticas, su realidad es prepolítica; en consecuencia, no debería la nueva democracia tratar de colonizar realidades que son anteriores a ella. Frente a la gresca y luchas cainitas de los políticos, se hallan los ciudadanos. Ellos son los agentes juiciosos y responsables que depositarán su confianza en la nueva democracia. Los partidos políticos deben ser servidores de la opinión pública, representantes de las tendencias de la ciudadanía y no aparatos impenetrables gobernados por personajes carismáticos. Advuértase que esta proclama no es vinculable a una concepción libertaria de la política. Marías, al contrario que Aranguren, sí ve motivos para ser pesimistas cuando la sociedad se politiza. Su defensa de la sociedad civil no se sujeta a una propuesta igualitarista sino más bien a una

15 En una tribuna titulada «La constitución interna del cuerpo político» señala expresamente: «(...) hay un cierto número de senadores de designación real, cuyo carácter particular es claro: no representan a ningún partido, no representan a ninguna circunscripción provincial. En esta doble independencia estriba, en mi opinión, el carácter positivo: por no ser representantes de ninguna provincia singular tienen que asumir el punto de vista de España en su conjunto; por no deber su puesto a ningún partido, pueden guardar independencia de juicio y de acción frente a toda posición partidista. Decía una vez Ortega que el único puesto político que le parecía deseable es el que se llamaba en Grecia *éphoros tês homonoías* (inspector de la humanidad). La función primaria de estos senadores sería el de vigilantes de la concordia» (*El País* 24/07/1977).

teoría de elites pero en lugar de políticos, las elites están formadas por hombres de la ciencia y de la cultura a los que va a considerar como vanguardia.

Una de las estrategias empleadas en aras de la puesta en práctica de esta vigilancia consistirá en desdramatizar e intentar de normalizar la situación del país recurriendo a comparaciones geográficas y temporales. Respecto a las primeras, de lo que se trata es de negar las supuestas singularidades de España, ofreciendo múltiples correspondencias con los países europeos. Su primera intervención en *El País* va justamente en esta dirección. El bipartidismo se presenta no como un sistema de polarización sino justamente lo contrario, una situación en la que el consenso sobre los acuerdos políticos prima sobre las rivalidades, que son dejadas para las cuestiones más periféricas. Respecto a las segundas, será la Guerra Civil española la que se situará como realidad que concentra todos los peligros en los que la nueva situación política no ha de caer. En este sentido, sus lecciones van a servir de contraejemplo de la nueva transición política. El relato de la Guerra Civil española diseña con los pliegues de tres unidades diferenciadas. Una amplia masa de ciudadanos indiferenciados políticamente y dos corrientes extremas, una a la izquierda y otra a la derecha. Son éstas últimas las que empujan a la masa a colocarse en uno de los extremos. Él fue uno de los españoles arrastrados por uno de estos polos.

Tras Julián Marías, el filósofo español que mayor centralidad adquiere en las tribunas libres de *El País* es José Luis Aranguren. El papel que se da a sí mismo es opuesto al que se da para sí Julián Marías. Si este último se adjudica el rol de «vigilante de la concordia», José Luis Aranguren cumplirá la función de «crítico de la cultura». De lo que se trata ahora es de demoler las ruinas culturales franquistas y reconstruir, en la medida de lo posible, una nueva moral para la sociedad española en los inicios de la transición hacia la democracia. «La idea –señala– que nosotros, los que no estamos en el juego y el duelo político, tenemos de la política es muy otra: política como moral, política como cambio estructural y cambio cultural, política que empieza mucho antes del día que corresponda votar (...) y se prolonga mucho más que ese acto ritual. Fue Merleau-Ponty quién escribió que «el voto consulta a los hombres en reposo, en un paréntesis festivo, fuera de su oficio y de su vida». Más la democracia real se realiza desde el oficio, desde la vida»¹⁶.

La diana de las críticas se bifurca en dos claros frentes. En primer lugar, se dirige contra el legado institucional franquista y sus símbolos sacrosantos como la figura del caudillo, la historia de España, las figuras literarias fascistas, la Iglesia y sus satélites laicos. En segundo lugar, se advierte del peligro que conlleva el impacto de la *democracia espectáculo* en la vida política. Donde Marías vea conducta relajada y delegación de responsabilidades, Aranguren ve en el horizonte a un individuo-masa aislado y alejado de la toma política de decisiones. *Grosso modo*, puede decirse que Marías está más cerca de una concepción representativa de la democracia y Aranguren es más próximo a su vertiente más participativa. Aquí, el individuo para ser un individuo moral no puede delegar, ha de ser partícipe de la vida pública. Para ello no es necesario afiliarse sino simplemente «hacer vida política allí donde esté», ya sea en su sindicato, en su asociación vecinal o en cualquier agrupación¹⁷.

16 *El País* 13/11/76.

17 Entre ambos personajes, Marías y Aranguren, va a generarse una fuerte polémica sobre la senda que debía seguir *El País*. Mientras que para el primero, las líneas generales habían quedado bien establecidas desde sus inicios, para el segundo, una nueva vía se había abierto tras el éxito del periódico. Dicho de otra forma, mientras

Por otro lado, la revolución científica y el desarrollo de la ciencia no habrían traído consigo un «desencantamiento del mundo». Éste sigue «encantado» merced a la presencia de lo que Aranguren denomina la izquierda cultural. Su concepción parte de una inspiración de raigambre humanista con un fuerte componente contracultural. Aranguren alberga una gran esperanza en el devenir de los nuevos «movimientos sociales» alternativos (ecologismo, feminismo, religiosidad popular, autogestión o antipsiquiatría). Aquí la diferencia con Marías no puede ser más notable. Si este último se mofaba del radicalismo de los jóvenes «dime quién pinta las paredes y te diré quién pierde las elecciones»–, Aranguren verá en las nuevas formas de vida de los jóvenes, una réplica positiva al orden establecido. En esta misma dirección cabe encontrar la específica labor del intelectual al que dedica una gran dosis de reflexión en estas tribunas libres. Del mismo modo que el ciudadano, el intelectual ha de estar comprometido con la vida pública pero su implicación es algo diferente. Ha de estar distanciado, para ganar

que el primero quería mantener su orteguismo inicial y ortodoxo, el segundo pretendía superarlo. A medida que *El País* iba madurando y aumentando sus ventas, Aranguren se iba convirtiendo una de sus figuras indiscutibles. Si Marías quería mantener intacta la idea de diario liberal y continuador de *El Sol*, Aranguren estaba de acuerdo con la línea juvenil, moderna y contracultural que el periódico estaba alcanzando. Como señaló Francisco Umbral Aranguren se había convertido en lo que Ortega fue para *El Sol*» (*El Mundo* 20/08/95). Muchos de sus fundadores recelaban de Aranguren por la frivolidad de los temas tratados (sexualidad, movimientos sociales, movida) y por la defensa que hacía de los nuevos escritores no liberales como Maruja Torres, Umbral o Fernando Savater. Ambos filósofos se convertirán en tótems del conflicto entre el poder de los propietarios frente a los gerentes. En una reunión del Consejo de Administración el 25 de marzo de 1977 se reflejan este desacuerdo. Así, «se plantea ya crudamente el tema de si la línea del periódico debe marcarla el consejo como representante del accionariado, o la dirección y la redacción. El más decidido partidario de la primera es Julián Marías, que protesta que su intervención en la junta en ese sentido no hubiera sido recogida en la información que de ella había dado *El País* al día siguiente. Le llegan ecos de un descontento que comparte. Para él está claro que los accionistas son quienes han hecho posible el periódico y a ellos corresponde marcar su línea, opinión rebatida entonces por el subdirector del diario, Darío Varcárcel, que aduce el ejemplo del prestigioso *New York Times*, cuyas acciones cotizan en bolsa y sus propietarios no tienen ninguna intervención en la redacción del periódico. En esas discusiones, a Marías le gustaba emplear la alegoría náutica del armador y el capitán: es aquél el que decide el destino del barco, aunque el capitán elija la ruta más adecuada. Lo que no puede hacer es llevarlo a Buenos Aires, cuando se le ha encargado que lo lleve a Nueva York» (M. Cruz y S. Sueiro: *Ibidem*. 93). Justo un mes después de esta reunión el mismo Marías junto con otros intelectuales como Pedro Laín, Lázaro Carreter o Paulino Garagorri mandaron un carta al presidente del periódico por considerarlo «frecuentemente superficial, agrio y mal informado». Como es bien conocido por todos esta confrontación terminará con el abandono por parte de Julián Marías de *El País* y su marcha al ABC. En su autobiografía Marías señala que «cada vez me sentía menos cómodo en *El País*, su orientación se apartaba cada vez más de la que habíamos querido darle sus fundadores: era escasamente independiente, bastante poco liberal y más bien tendencioso» (J. Marías: *Una vida presente. Memorias (III)*, Madrid, Páginas de Espuma). Posteriormente en un artículo –que se sale nuestro marco temporal por algunos meses– muy ilustrativo llamado «El País como empresa o el intelectual colectivo» escribe Aranguren lo siguiente «que la recién creada empresa de EL PAIS, cuyo presidente fue desde su iniciación José Ortega Spottorno, y cuyos fundadores fueron todos, creo, orteguianos puros, esperaba su hora; es decir, su autorización. Llegada ésta, en los cinco años que han pasado y cumpliendo a su modo la profecía antes mencionada, ha llegado a ser el intelectual colectivo-empresarial de la España posfranquista. EL PAIS procede pues, sin la menor duda, del orteguismo. Pero representa un orteguismo mucho más sociológico que ideológico, orteguismo asumido y, a la vez, superado. Como declara Vidal-Beneyto, existe una lucha, siempre latente, y que sale a la luz en las juntas generales de accionistas, entre casi todos los fundadores, con Julián Marías como su principal portavoz intelectual, y quienes hacen el periódico, desde el consejero delegado y el director hasta el último trabajador, apoyados por la mayoría de los accionistas, por lo demás, como es sabido, muy variopintos. El poder periodístico, muy justamente, tiende a estar en manos de quienes efectivamente hacen el periódico, y no de sus propietarios. Esta fusión de poder periodístico y poder intelectual colectivo es inédita en España» (*El País* 07/06/81).

objetividad, pero a la vez comprometido, para así no escapar de la realidad social que le toca vivir. Como subraya muy acertadamente Francisco Vázquez una de las características propias de Aranguren se basa en «una proclividad a «demonizar» el Poder, a recelar de las formas establecidas de democracia –en especial el sistema de partidos– y a rechazar el modelo de intelectual que milita en organizaciones políticas (...). Este acercamiento a posturas más bien ácratas y libertarias (...) le valió posteriormente algunas censuras por parte de algunos de sus seguidores, más próximos a las posiciones de la «sensatez democrática»¹⁸.

Filósofos como políticos. Por filósofos como políticos entendemos un ejercicio de la actividad filosófica vinculado principalmente al funcionamiento del campo político pero con una expresión marcadamente filosófica. Dentro de esta categoría hemos incluido dos filósofos: uno perteneciente al régimen franquista, que se desplazará paulatinamente a la derecha, y otro de la izquierda socialista. El primero de ellos es Gonzalo Fernández de la Mora y el segundo Tierno Galván.

Los orígenes intelectuales de Gonzalo Fernández de la Mora proceden de la red filosófica oficial, que aún dominaba las instituciones universitarias pero que ya había sufrido el asalto del mundo editorial y periodístico por la red alternativa. Vinculado a Calvo Serer y perteneciente al grupo *Arbor*, va a seguir los pasos de sus maestros: del interés por la filosofía pura a la práctica activa del periodismo (aunque su implicación es menor). Sin embargo, mientras que en Calvo Serer hay una clara evolución política, en Fernández de la Mora no hay señales de un cambio político digno de mención. El caso de Tierno Galván es, cuando menos, de difícil ubicación. Contemporáneo de Aranguren, la convivencia con los falangistas del *Instituto de Estudios Político* como Javier Conde (sin ser Tierno falangista) hace que su trayectoria sea algo difícil de encasillar. Francisco Vázquez lo ubica bajo la rúbrica del polo científico de la red alternativa. Esto en términos filosóficos porque en términos políticos, que cada vez adquirirían mayor importancia, se hallaba, en la época que estudiamos, en los albores de su alianza con el partido socialista.

De los dos periódicos consultados, *ABC* y *El País*, sólo el primero de ellos era publicado en el año 1975. *El País* no aparecerá hasta un año después. El hecho de que, durante gran parte de este año, el régimen perviviera con su principal figura aún viva, nos permite aproximarnos a los vestigios de lo que era el estilo de la prensa que se publicaba durante una gran parte del franquismo. Por otro lado, el *ABC* no realizó una necesaria maniobra de inversión ideológica. Su apoyo a la democracia fue lento y poco decidido. Algunas de las opiniones expresadas en *La Tercera* representan en gran medida la corriente principal que había dominado la prensa franquista. Ésta aún se mantenía viva agrupada en lo que se denominaba el «búnker». Sus opiniones inmovilistas se recogen en las colaboraciones del filósofo franquista Gonzalo Fernández de la Mora. Nadie como él para recoger los puntos de vista de aquellos que van a defender el régimen hasta el final. Así escribe: «y la prueba de la potencia lógica y práctica del régimen y del talante realista y valeroso de nuestro pueblo es que todavía hay quienes se mantienen a bordo. Por eso no cesaré de afirmar que sólo queda un modo civil de salvar al Estado del 18 de julio refutar incansablemente los pseudoargumentos con que se le hostiliza

18 F. Vázquez : *La filosofía española. Herederos y Pretendientes. Una lectura sociológica (1963-1990)*, Madrid, Abada, p.177.

y montar un enérgico rearme intelectual»¹⁹. Como puede apreciarse, uno de los rasgos del campo filosófico (aunque no sólo de él) consiste en ampliar sus esquemas analíticos a todo el campo social. Así, la lucha entre los sectores inmovilistas, reformistas y rupturistas es una lucha ante todo moral y política. Si los intelectuales del 18 de Julio son capaces de «rearmar ideológicamente» a la población, el ácido demoliberal no podrá corroer los pensamientos y acciones de los españoles. No obstante, una vez caído el régimen –como iremos viendo– el filósofo franquista intentará transformarse defendiendo la necesidad de una derecha unitaria. Existe una apuesta expresa por la continuidad del régimen y sus instituciones más allá de la muerte Franco. Frente a las democracias formales, el sistema político nacido el 18 de Julio es para él una democracia orgánica, caracterizada por un Estado fuerte que se preocupa por el bienestar de sus ciudadanos. El principal logro de esta democracia ha consistido en proporcionar una prosperidad real y haber llevado a la reconciliación a todos los españoles. No obstante, son los intelectuales exiliados a través de sus medios amigos, la prensa extranjera, y a través de un verbalismo engañoso, los que han conseguido seducir a una «minoría burguesa» con los brebajes del Estado demoliberal. Su propósito será entonces servir de «cortafuegos» para que esta minoría no convenza a la mayoría, que no ha sido aún embelesada por los cautivadores de la democracia inorgánica. La estrategia consistirá en mostrar todos los males que realmente genera el sistema democrático occidental. La enumeración de los males es, más o menos, la siguiente: existencia de una partidocracia que impone a sus líderes, aritmética nefasta en la que un partido mayoritariamente votado no puede gobernar, partidos que se sirven para imponer una dictadura y falta de división de poderes. Los ejemplos para dar cuenta de los males de la democracia inorgánica son múltiples y variados. Gran parte de ellos se remontan a la historia de España, principalmente a la historia de las constituciones españolas cuyos fracasos sucesivos ilustran a la perfección la inconveniente aceptación de la democracia inorgánica. Junto a esta posición inmovilista y profundamente política, en ocasiones, Fernández de la Mora quiere dar la visión desideologizada del franquismo. Esto le lleva a decir lo siguiente sobre la figura del dictador «que Franco muerto hoy hace un lustro, dio a España el orden más justo, y más próspero de toda nuestra historia es algo que atestigua la aritmética y cada día resulta más evidente para multitud de españoles. Pero tan alto logro ¿fue sólo el fruto del arte personal de un político extraordinariamente hábil o fue también la consecuencia de la sabia construcción técnica de una máquina estatal operante? En mi opinión, más lo segundo que lo primero. El prudencialismo de Franco es ya un lugar común entre los historiadores mínimamente objetivos, pero aún no ha destacado su dimensión de estadista en sentido estricto; o sea el hombre que, independientemente de las ideologías, coordinó el montaje y la puesta a punto de un Estado eficaz»²⁰.

Con la muerte de Franco y el comienzo de la transición a la democracia, Fernández de la Mora se ve obligado, como otros de los muchos representantes del franquismo, a realizar nuevas tomas de posición ideológica. Habida cuenta de que el espíritu del 12 de febrero fracasó impidiendo una evolución y mejora de las instituciones franquistas, la transición ha de hacerse guardando en la medida de lo posible el orden y la estabilidad del país. Para ello,

19 ABC 18/08/75.

20 ABC 20/11/80.

se requiere hacer una transición rápida en la que dos grandes partidos –una de derecha que gobierne mediante una «realpolitik» y una izquierda ilusa en la oposición– se hagan con el control. La falta de la figura de un rey que verdaderamente arbitre (que no esté vaciado su papel de todo poder), de una candidatura única y de un presidente fuerte son todos síntomas de la creación de unas instituciones que están llevando al fracaso a España. De esta forma, se llega a catalogar a la constitución del 78 como «antología de equívocos».

Las apariciones del filósofo Enrique Tierno Galván en las páginas de la tribuna libre de *El País* se alejan en cuanto a intención y contenido de aquellas escritas por Julián Marías y José Luis Aranguren. Si estos dos últimos variaban con elevada frecuencia sus temáticas, Tierno Galván será monocorde en la línea que siguen sus tribunas. Ya no interesa tanto la vida cultural en el sentido amplio sino la vida política en un sentido bastante concreto y restringido. Su principal preocupación deriva de la adscripción a su partido: el Partido Socialista Popular. La perspectiva que se adopta en sus escritos es claramente de política estratégica. Estos textos son el resultado de un ejercicio intencionado de pedagogía política. Sólo así puede entenderse la importancia concedida a la unión de su partido con el PSOE. En sus primeras apariciones, advierte del peligro que supone ceder todo el protagonismo de la transición a este partido. Ni el número de militantes, ni la capacidad económica, ni tampoco la historia deben ser criterios que permitan «pesar» la importancia de los diferentes partidos políticos de cara a las elecciones. La negociación debe girar siempre en torno a lo que en el futuro sea lo mejor para los españoles y para el socialismo²¹. A su juicio, todo intento de acaparamiento de votos por parte del partido socialista conducirá inevitablemente a la reproducción de un escenario a la italiana. Como es bien sabido, esta tesis había sido ya formulada por el sociólogo español Juan José Linz. En un ejercicio de sociología electoral Tierno Galván escribe «el eje principal de la vida española lo constituye la clase compuesta por trabajadores intelectuales y obreros cualificados que acceden cada vez más a la cultura que estaba reservada a las clases privilegiadas. La nueva clase, en la que tienen un papel destacado las mujeres, posee en general, una formación y cultura progresistas. De perder el socialismo la influencia mayor entre quienes componen este estrato, la vida social y política podrían polarizarse entre una derecha (...) y una izquierda que no podría durante bastante tiempo ofrecer una alternativa de poder satisfactoria en la práctica. El modelo sería parecido al italiano»²². En esta misma línea hay que comprender su preocupación para que las primeras elecciones no fueran amañadas, la reclamación de participación de la oposición en el proceso electoral y, en el caso de que esto no sucediera, la advertencia de posible radicalización de la vida pública española. También, como es obvio, sus críticas al PSOE. Así escribe: el gobierno no tiene alternativa valiosa a su derecha ni interlocutor suficiente»²³.

Filósofos como conversos. Dentro de este apartado vamos a incluir a dos filósofos que se habían distinguido por haber sido propagandistas del primer régimen fascista y habían ocupado

21 «Nuestra posición respecto de los compañeros del PSOE –escribe Tierno– es de diálogo y búsqueda de soluciones, no para nosotros ni para ellos, sino para el socialismo español. Prueba es que, pese a las graves reservas que la mencionada declaración ha provocado en los miembros del PSP, concretamente en su ejecutiva y en mí mismo, se han llevado conversaciones en extremo cordiales y que continuamos dispuestos a la propuesta y el diálogo» (*El País* 18/02/77).

22 *El País* 18/02/77.

23 *El País* 01/06/79.

puestos claves en organismos del régimen pero que en su última época habían mostrado una actitud crítica adoptando un liberalismo de corte conservador. Ellos son Antonio Tovar y Pedro Laín Entralgo. Iniciales ideólogos fascistas, posteriores comprometidos críticos y, por último, claramente objetores al régimen franquista, desde sus columnas de *El País* van a apostar por democracia y esto lo van a hacer visibilizando, aún más si cabe, su pasado. Ambos fueron figuras políticas muy próximas al Ministro de Educación. Ruíz-Giménez (1951-1956), que los nombró rectores de la Universidad de Salamanca y de la Universidad de Madrid respectivamente. Si bien se podría ubicar bajo la categoría de «comprometidos críticos» a estos autores, en el caso de su ubicación en el campo filosófico, las cosas cambian. Laín fue discípulo de Xabier Zubiri y miembro del polo científico de la red alternativa. Antonio Tovar no es estrictamente filósofo, pero, debido al hecho de que su presencia en la prensa transita por la senda de filosofía mundana practicada por el maestro Ortega y Gasset, hemos decidido acogerlo en nuestra muestra. En este sentido, tanto Caro Baroja como Tovar son autores consagrados al cultivo estricto de su disciplina. No obstante, debido precisamente a que ambos son una autoridad en el campo que practican, se ven a sí mismos con la potestad de tener algo que decir en prensa. En este tipo de colaboración la presencia de los autores es muy marcada. A lo largo de sus lecturas encontramos un recorrido de su propia trayectoria vital, una interpretación de su pasado y un continuo comentario de los eventos y pareceres de su vida presente. Las colaboraciones de Tovar son, en multitud de ocasiones, comentarios de su presencia *in vivo* en la vida cultural del «gran Madrid»: presentaciones de libros de intelectuales próximos, conferencias, lecturas de tesis doctorales y demás eventos en los que el autor está presente, independientemente de la relevancia pública que las temáticas tratadas puedan tener. Así un día se abordan los intrínquilos del marxismo lingüístico chino, otro se emprende el análisis de la política colombiana y unos días más adelante se trata el tema de la geopolítica internacional. Su gran objetivo político será construir un centro civilizado, alejado de la izquierda socialista o comunista pero también apartado de la derecha española, a la que dedica la mayoría de sus objeciones críticas. Su apuesta se vincula claramente a la de un centro político que acoja a las mentalidades más abiertas e ilustradas de la nueva España. En otra tribuna, nos ofrece de forma más clara su opción política «. Avisando al centro político de los peligros de un deslizamiento hacia la derecha escribe «al no querer perder votos por la derecha, esos votos que no fueron para Alianza Popular esos votos que no apoyaron a un partido confesional católico, renuncia a ganar votos por la izquierda: esos votos que querrían un estado independiente frente a las grandes fuerzas del dinero, que quieren justicia y solidaridad y que no olvidan que en el atraso cultural de España la Iglesia ha tenido durante varios siglos una responsabilidad innegable. Esos votos exigentes e ilustrados tampoco creen en las virtudes taumatúrgicas del marxismo, y si no encuentran un centro de verdad, bien separado de la derecha de siempre se van a quedar huérfanos (...)»²⁴.

Es evidente que cuando uno trata con la figura de Antonio Tovar, se topa inevitablemente con las justificaciones de su pasado falangista. Este relato es clave para comprender sus opciones políticas. En Antonio Tovar no hay una actitud de arrepentimiento como en Laín. La Guerra Civil no fue más que una muestra más del sempiterno conflicto que enfrenta a los españoles. Él no fue más que una marioneta, como todos aquellos jóvenes atraídos

24 *El País* 26/03/78.

por el carácter revolucionario del fascismo y el comunismo, dominada por los mecanismos de esta sucesión histórica. El caso de los antiguos fascistas es digno de mención. Fueron engañados, usados y rentabilizados por el régimen franquista. A su juicio, la guerra enfrentó a dos bandos en el que unos salieron ganadores y otros perdedores. Los primeros establecieron una dictadura cruel y son responsables de lo sucedido. No obstante, no todos los integrantes del bando vencedor se comportaron de la misma manera al finalizar la guerra. Una parte reducida formó una fracción crítica que se enfrentó al régimen. Como no podría ser de otra forma, ésta no es culpable del desarrollo posterior a la dictadura, en consecuencia, está tan legitimada a hablar como lo está la oposición crítica heredada del bando republicano.

En Pedro Laín Entralgo se pueden encontrar similitudes pero también algunas divergencias con su amigo Antonio Tovar. Respecto a las primeras habría que decir que existe en ambos una decidida apuesta por la democracia, una pública intención de buscar el perdón hablando sin tapujos sobre su pasado y una visión crítica del franquismo. Tres son considerados los pilares sobre los que se sustentó el franquismo y que habría que erradicar: el patriotismo oficial, el conservadurismo político y el acomodo económico de las clases privilegiadas²⁵. Ahora bien, mientras que en Antonio Tovar la apuesta es de carácter institucional en Laín se aprecia un análisis más voluntarista. Si la Guerra Civil española fue una pugna en el que los hombres enfrentados se dejaron llevar por sus malos sentimientos, en la actual época democrática los españoles han de sacar de sí una amplia tolerancia. El sentimiento de culpa y el reconocimiento personal de sus malas acciones es expreso. Considerándose a sí mismo como el intelectual del diálogo y del perdón, Laín alberga la posibilidad de que por fin ahora todos los españoles vivan en una nación democrática y plural. No obstante, su carácter de orgullo nacional no decae tras la conversión democrática. Y en sus artículos así se percibe meridianamente dando prueba de ello su pretensión de una ciencia de carácter español, de una filosofía escrita en castellano y de la necesidad de una ciudad como Madrid considerada como capital cultural de España.

Filósofos como polemistas. Cuando hablamos de filósofos como polemistas queremos referirnos a aquellos articulistas que realizan una constante y pronunciada crítica del poder y abogan por un cambio radical de las estructuras sociales y políticas vigentes. En ellos encontramos un doble estilo. Aquel protagonizado por Savater en el que los enfrentamientos personales e institucionales son preponderantes y el alcanzado por Salvador Pániker de carácter

25 Así escribe Laín respondiéndole en una tribuna a un militar español descontento con la situación de violencia. «Tal vez me objete usted –y si usted no lo hace, otros lo harán– que allá por los felices años veinte un señor llamado Benito Mussolini inventó un sistema político que trataba de superar la antinomia entre la pura democracia liberal y la pura democracia socialista; sistema que otro señor llamado Adolfo Hitler adoptó a su modo en su país y que en España dio lugar a un movimiento con la misma pretensión básica. Cierto, y nadie con menos autoridad que yo para negar el derecho a tal objeción. Pero veamos los resultados. Italia: una *rivoluzione* que no lo fue, aunque saneara el agro pontino, un *impero* de opereta, la república de Saló, el descrédito, y vuelta a empezar, por lo que no debiera haberse derribado. Alemania: gigantescas victorias militares, un crepúsculo de los dioses con millones de muertos, campos de gas y ruinas apocalípticas, una gran cultura herida en el corazón y, como en Italia, vuelta a empezar por lo que antes había. España: el «sistema superador» como mera cobertura de la más pragmática de las autocracias, un aplastamiento del vencido de que nunca nos arrepentiremos bastante, un notable progreso material y técnico que hubiera podido conseguirse de otro modo y a menos precio, un considerable deterioro de la moral civil, una cultura mal repuesta de las graves heridas que le infligió nuestra guerra, y una variada y extensa colección de cuentas corrientes en la banca suiza; y, al final, un pueblo que, tan pronto como ha podido expresarse libremente, en su inmensa mayoría ha dicho «no» al recuerdo del régimen que afirmaba liberarle y salvarle (*El País* 13/01/76).

mucho más moderado. Mientras que el planteamiento del primero, máximo representante de los neo-nietzscheanos, es claramente de derribo, el del segundo representa un nihilismo de corte más posmoderno, partidario de los acercamientos híbridos en los que él llama «retroprogresión».

En la figura de Fernando Savater se concentra la figura del filósofo como polemista por antonomasia. Nadie como él para dar cuenta del deleite que puede llegar a producir la confrontación intelectual. Desde las temáticas que se acogen (cultura española, instituciones penitenciarias, nacionalismos) hasta la posición política adoptada, pasando por incluso el tono elegido, en sus escritos todo recuerda a la búsqueda de la controversia y del enfrentamiento «cuerpo a cuerpo» con una postura intelectual contraria. Así, refiriéndose a una polémica con el actual periodista de radio y también polemista Federico Jiménez Losantos escribe «lo malo que tenemos los aficionados a las polémicas es que termina pasándonos lo de Mesalina: llega un momento en que ya no podemos elegir con quién acostarnos y caemos con el primero que pasa para satisfacer nuestro vicio devorador»²⁶.

Estos artículos van a ser redactados por un Savater muy filósofo, un Savater que se presenta con todas las armas que le permite su disciplina. Sus referencias al gremio filosófico son continuas y su apología de la filosofía le lleva a enfrentarse a sus críticos más ardientes y a las soflamas que enarbolan²⁷. De esta forma, embestirá con continuos «lanzazos» dialécticos ensalzando las virtudes de la filosofía y, sobre todo, mostrando la miseria de los que la atacan²⁸. En un artículo titulado «Los filósofos y sus complejos» acusa a sus colegas de rendir pleitesía a los activistas políticos y científicos profesionales. Frente a los primeros, el filósofo no se siente seguro pues considera a su actividad superflua; frente a los logros tangibles del segundo el filósofo, también se empequeñece. No obstante, estos sentimientos de inferioridad y culpabilidad guardan una contrapartida: su acceso al poder del Estado,

26 *El País* 04/08/79.

27 «Lo de mancharse –escribe Savater– las manos con la concreta y cochina realidad no parece empresa demasiado difícil: más o menos, todos lo hacemos cotidianamente sin parar (...). La brigada de buenas costumbres teóricas está permanentemente en estado de alarma. Nada de abstractas luchas contra el todo que desembocan en nada; vamos a lo concreto, a lo que puede verse y tocarse: el nivel de vida, la paz social, la libertad de expresión, los derechos y deberes del ciudadano, la superación del fascismo... Sí, repiten los intelectuales responsables, queremos mancharnos las manos, porque a fin de cuentas quienes presumen de pureza confían en que nosotros nos las mancharemos para que ellos puedan seguir en su inocencia»

28 A pesar de esta defensa del modo de argumentación filosófico, su estilo no deja nunca de ser sencillo, directo e incluso periodístico. En su autobiografía él mismo reconoce la querencia hacia este estilo ligero y fugaz que tanto rechazo provoca en los filósofos. Asimismo, rechaza las formas abstrusas y esotéricas que caracterizan a gran parte de la escritura filosófica. De alguna forma, Savater ha convertido en suya la bandera de Ortega que se consideraba asimismo también como periodista. Así subraya que «periodístico es, en efecto, la mayor parte de lo que he escrito, desde que me inicié en las redacciones y revistas colegiales. Abiertamente periodístico o disimuladamente periodístico, disfrazado por algún ropaje académico si la ocasión lo requería. Y como tal irrevocablemente transitorio, pegado a la urgencia del día, de ligereza necesaria puesto que pues es inútil hacerse gravoso cuando se está a punto de ser barrido mañana (...). Quizá si yo hubiera más concienzudo, más «trabajador» como suele decirse, se hubiera logrado algo más precedero. Sinceramente, opino que cualidades no me faltan. Quizá en el terreno de la filosofía... Pero la verdad es que precisamente en filosofía todo lo grandioso y alambicado me repele un tanto, especialmente, cuando se aspira a «cimentar» a «fundamentar», a encontrar la clave que lo explica todo. La vocación de sistema no sólo me parece un fraude, como alguien con mayor autoridad que yo dijo, sino una auténtica ridiculidad...». F. Savater.: *Mira por donde, Autobiografía Razonada*, Madrid, Taurus, 2003, p.16.

órgano y fuente principal de sus ataques. Como afirma José Luis Abellán «se trata de un pensamiento radicalmente iconoclasta que busca la destrucción de todos los valores y todas las normas»²⁹. Supone un reclamo de la individualidad de los actores frente a todo tipo de ordenación, especialmente, la estatal. Es una clara llamada de advertencia a las anunciadas virtudes de la democracia. Así, en uno de sus primeros artículos, subraya que «cuando el guerrero de carné le dice: «¿Con que Leibniz, eh? ¿Y dónde estabas tú cuando lo de Chile o lo de Vitoria?», el filósofo no se atreve a contestar: «En el retrete o en el bar, probablemente lo mismo que tú», porque presiente que quien pertenece a una organización redentora está siempre donde debe estar, aunque no se mueva de casa, por el dogma de la comunión de los santos. Ubicuidad gratificadora que el filósofo envidia. Pero, ante todo, el filósofo acepta su culpabilidad para que le perdonen y para *irse situando*³⁰.»

Esta adscripción ácrata lo lleva a centrar sus críticas en una de las instituciones más representativas del poder represor del Estado español: las instituciones penitenciarias. El objeto elegido no puede ser más representativo de las importaciones que los jóvenes filósofos españoles perpetraban desde la Francia postsetentayochista. La pose adoptada es profundamente libertaria. El Estado es considerado como centro neurálgico de los que se desprenden todos los males de la sociedad. La misma cultura española no es otra cosa que una imposición del Estado español que silencia otras formas de expresión cultural y las considera arbitrarias. A su juicio, toda cultura es el resultado de la unión de voluntades porque toda cultura es política. Estas aseveraciones le conducen a la defensa de los regionalismos españoles (e incluso del independentismo). Así subraya Savater «los que aspiran a acabar con los nacionalismos estatuidos –escribe Savater– hablarán de «cultura europea», de «cultura occidental» o de «la gran cultura iberoamericana»; los que pretenden combatir la abstracción estatal desde la reivindicación independizadora de lo diferente propugnarán la «cultura catalana», o la «cultura vasca», o la «cultura andaluza». Naturalmente, nunca faltan apoyos «objetivos» para sustentar cada uno de estos calificativos, basándolos en realidades lingüísticas, étnicas, folklóricas, gastronómicas, religiosas, productivas, etcétera..., pero a fin de cuentas es la decisión unificadora o independizadora la que cuenta, el deseo de englobarse en un todo con el vecino o con el conquistado frente a la pasión delimitadora, diferenciadora y segregadora (...).

En una línea similar cabe destacar las colaboraciones del filósofo barcelonés Salvador Pániker. Pese a que su estilo es menos incisivo y más relajado, comparte en buena medida muchos de los modos intelectuales de Fernando Savater. En los dos encontramos una reflexión sobre el poder y una apuesta por posturas libertarias. Ahora bien, el contenido de la crítica y de las soluciones es bien diferente. En sus planteamientos se percibe más claramente un intento de reforma de corte liberal y de crítica renovadora, como es la defensa de la sociedad civil, difícilmente perceptible en el Fernando Savater de la Transición, cuyo reclamo de redención es el resultado de la destrucción de los valores y normas sociales.

Salvador Pániker va a lanzarse al análisis de los nuevos fenómenos sociales y a su imbricada persistencia con los antiguos en lo que él llama los procesos de hibridación. De esta forma, su objeto privilegiado de estudio se desplazará al malestar de las sociedades modernas

29 J.L. Abellán: *Ortega y Gasset y los orígenes de la transición*, Madrid, Espasa, 2005, p. 279.

30 *El País* 20/08/76.

producto de las rápidas transformaciones que está sufriendo. Para él, uno de los principales males de la modernidad es su intento de demarcación de las distintas parcelas de actividad. Lo económico y lo social no se pueden demarcar, de la misma forma que lo cultural y lo natural.

Parte de las soluciones modernas pasan por una democracia de mínimos. No basada en lo cultural, ni en lo ideológico, sino en lo procedimental. «Ha de haber un consenso general progresivo –escribe –, no sobre lo ideológico (ni siquiera sobre los modelos de sociedad) sino sobre los modelos generales de la convivencia. Tenemos que ponemos de acuerdo sobre el modo de no estar de acuerdo, y para que este consenso se produzca no basta con que los parlamentos discutan las leyes»³¹. Los procesos de negociación son ontológicamente positivos ya que no existe un claro criterio de demarcación de la realidad como podría pensar un positivista ingenuo. Algunos de los planteamientos de Pániker son un prelude de las posturas constructivistas asociadas por aquellos años a la ola posmodernista, que entrará con inusitado vigor en la España de los años ochenta. Así escribe, «la relación entre símbolos lógicos y hechos observables es mucho más ambigua de lo que creyeran Newton y los primeros positivistas lógicos. No existe, por definición, ningún criterio absoluto para separar lo que es observación de lo que es teoría, y, en este contexto, la ciencia incide prácticamente en el arte»³². En realidad, un propósito constante de sus artículos consiste en criticar las lentes decimonónicas con las que las gentes analizan aún la realidad y estar atento a la aparición de lo que él denomina las «nuevas mitologías»³³.

Unas breves conclusiones

Con este artículo simplemente hemos pretendido aproximarnos a un fenómeno poco estudiado y de suma importancia para el desarrollo democrático en las sociedades avanzadas: el papel que desempeñaron los filósofos en la consolidación del debate público tras la muerte del dictador en España. Algunas ideas básicas pueden resumir las conclusiones que hemos alcanzado con nuestro trabajo. Primero, hemos sido testigos de la brecha que se crea en España debido a la profesionalización de la filosofía, proceso iniciado en España por parte de Ortega y Gasset. Dos tipos de actitud se generan en lo relativo a la colaboración con la prensa. Una filosofía académica, reacia a participar en prensa, y otra mundana, muy inclinada a hacerlo. Como no podía ser de otro modo, es la primera de estas filosofías la que

31 *El País* 02/03/78.

32 *El País* 18/04/78

33 Así escribe que «el futuro se ha vuelto repentinamente oscuro: formamos una sociedad de ansiosos. Se acentúa el malestar de la cultura: agresividad latente, violencia, fuga, nihilismo. Se detecta un cansancio general, una tendencia a volver a los orígenes. ¿No resulta sospechosamente convergente la tendencia de los intelectuales al anarquismo, la temática socialista de la autogestión y el desplazamiento de muchos Gobiernos hacia un neoliberalismo económico? Parece como si añorásemos el modelo social de la prehistoria. Significativamente, en muchos países el Estado no quiere ya participar en este mal negocio de la crisis. El Estado tiende a abdicar en favor de la sociedad («arréglenle ustedes solos»), y la sociedad tantea esquemas nuevos de autorregulación. Estimo, pues, que la actual crisis económica ha de conducir a un replanteamiento radical de nuestras formas de vida. Habrá que encontrar mitologías nuevas, porque las viejas han agotado su poder motivador. Y eso se traducirá en las formas de producción, en el urbanismo, en una nueva *división del trabajo* a escala internacional, en alicientes culturales que sustituyan a los alicientes consumistas, en un parcial desmantelamiento de la sociedad industrial. No para regresar a lo arcaico, sino para ir hacia lo nuevo, recuperando el origen. Es la hora de los retroprogresivos» (*El País* 18/04/78).

se desarrolla bajo el franquismo y su participación en prensa durante la Transición es casi testimonial. Segunda, comparados con otro tipo de expertos que publican en las tribunas de los periódicos, la participación de los filósofos fue en la época estudiada muy intensa. Y, además, lo hicieron, principalmente, desde su papel como intelectuales. Hemos visto cómo desde los comienzos de *El País* el papel tan activo que tuvieron Julián Marías y José Luis Aranguren. Por último, hemos apreciado cómo la aceptación del régimen democrático por parte del *ABC* fue poco decidida e insegura. Esto fue aprovechado por los directivos de *El País* para lanzarse a la ocupación de un espacio libre cimentado en los nuevos simpatizantes del proceso democrático. Los filósofos de la red orteguiana contribuyeron a este proceso no sólo de forma enérgica sino llevando ellos mismo la batuta.